

Literalidad, metáfora y cognición

Observaciones críticas sobre la perspectiva experiencialista de G. Lakoff y M. Johnson

Diego Parente

(Grupo *RATIO*, Universidad de Mar del Plata, Argentina).

RESUMEN

El presente trabajo se propone dar cuenta de algunas limitaciones del enfoque sostenido por George Lakoff y Mark Johnson con respecto al estatuto de lo metafórico. Se argumenta, en tal sentido, que los dos principales inconvenientes de la perspectiva experiencialista son: [a] su desinterés por la cuestión de por qué un enunciado es interpretado como metafórico; y [b] su insistencia en la idea de metáforas conceptuales “subyacentes”, hipótesis que no parece ser un argumento indispensable para remarcar el papel cognitivo de lo metafórico. Por último, en lo concerniente a las principales implicaciones de la dicotomía literal-metafórico, se sostiene que no parece haber razones de carácter intrínseco a partir de las cuales sea legítimo clasificar a un discurso como “literal”, es decir, razones que expliquen la literalidad de un enunciado a partir de la caracterización de sus propios componentes. La literalidad no se identifica exclusivamente con la precisión ni con la exhaustividad de un enunciado con respecto al estado de cosas que describe.

1. La expulsión de la metáfora fuera del territorio filosófico

Hablar acerca de la metáfora es, en cierto modo, referirse a la historia de una maldición. Es tratar de hilvanar un relato acerca de un estigma, un demonio infatigable dentro de la escena filosófica occidental que, la mayor parte de las veces, funcionó como obstáculo para cualquier teoría interesada en suscribir una racionalidad pura.

Cada vez que nos sumergimos en la reflexión acerca del lenguaje (ya sea de su esencia, su uso, o sus contradicciones) nos enfrentamos, ineludiblemente, con el problema de la metáfora. Hablar sobre ella, tornarla objeto de indagación, equivale a pensar acerca de un problema filosófico alguna vez ubicado en la periferia de dicha disciplina. Para indagar la metáfora es inevitable apelar a una extensa tradición teórica que nos remonta prácticamente al comienzo de la filosofía.

En la antigüedad clásica, la reflexión en torno a la metáfora se inicia en los márgenes de la filosofía, para posteriormente ser reclusa *fuera* de ella, al ser convertida, casi exclusivamente, en objeto de indagación retórica. Platón, quizá uno de los más brutales detractores del lenguaje figurativo (dentro del cual se ubicaría la metáfora, la analogía, la alegoría y la metonimia, entre otras), sostenía que las palabras del poeta no conducían a la verdad y, en tal sentido, no eran si no vanas -en su *República* afirma que los poetas son sólo creadores de apariencias¹. La expulsión del poeta, y la consiguiente deportación de la metáfora, son las únicas respuestas posibles ante una práctica que no nos da ninguna verdad y

¹ Véase PLATÓN, *República*, 605 c, traducción de J. M. Pabón y M. Fernández Galiano, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1969.

solamente consigue promover emociones. Esta concepción tiende a asociar la metáfora con un mero artificio literario, en un contexto de significación en el que “literario” es un buen sinónimo para “engañoso” o “ilusorio” (por lo tanto, también, para “peligroso”). Dado que la poesía es imitación de lo sensible, dado que es sólo una copia degradada, Platón traslada la metáfora, junto con los otros instrumentos poéticos, a la “periferia” de la práctica filosófica. Más adelante, Aristóteles brindó una nueva riqueza conceptual y una cierta sistematicidad al problema de la metáfora. En su *Poética*, la definió como la “transferencia del nombre de una cosa a otra”², enfatizando la relación signíca que se pone en juego cada vez que alguien emite una metáfora. Con Aristóteles se origina de manera explícita, en el campo de la reflexión sobre el lenguaje, la oposición entre lo *propio* y lo *transpuesto* -en esta última clase se encuentran los sentidos indirectos o *tropos*. A diferencia de Platón, asigna a la metáfora un papel en el conocimiento humano, destacando su carácter didáctico y alumbrador³.

Los continuadores de Aristóteles -principalmente Teofrasto, pero también Quintiliano y Agustín- pensaron los asuntos lingüísticos sobre la base de lo planteado por el Estagirita, priorizando el estudio de las *figuras* y consolidando la oposición *propio* - *transpuesto*. No obstante, perdieron de vista el carácter cognitivo de la metáfora señalado por Aristóteles. En términos generales, para la tradición retórica que va desde Quintiliano al siglo XVIII, la metáfora es algo subordinado, ornamental, un desvío respecto de la norma. Las figuras son valoradas solamente por su poder persuasivo, pero, en la medida en que son reemplazables por enunciados literales sin pérdida de significado, se considera que su presencia no es indispensable. La figura es comprendida como un desvío, una forma diferente de expresar un significado X que podría expresarse, sin rodeos, en lenguaje literal. Al respecto, César Du Marsais -retórico del siglo XIX- sostiene que las figuras “revisten de ropajes más nobles esas ideas comunes”⁴. En resumen, si bien esta visión -fundada en la creencia en un cierto “fondo de pensamiento” que puede ser expresado tanto de manera directa (*literal*) como de manera indirecta (por medio de una *figura*)- reconoce a la metáfora como creativa y orientativa, restringe su campo de validez a la estética y la oratoria, limitándola a la pedagogía y la persuasión.

2. La teoría contemporánea: la metáfora abandona la “periferia”

Si bien durante el siglo XIX Vico y Nietzsche ya habían otorgado a la metáfora una centralidad cognitiva, al igual que Ivor Richards y Max Black en este siglo, la constitución de un campo específico de estudio sobre sus aspectos conceptuales surge explícitamente a finales de 1970, a partir de la publicación de un artículo de Michael Reddy⁵ titulado “The Conduit Metaphor”. El posterior desarrollo de esta nueva teoría de la metáfora tomó de Reddy el carácter conceptual y convencional de la metáfora, así como su ubicación dentro del sistema ordinario del pensamiento. Reddy arriesgó la tesis de que el lenguaje inglés cotidiano era enormemente metafórico, abandonando la idea tradicional según la cual la metáfora se ubicaba primariamente en el discurso artístico-poético.

Situados en la convergencia entre estudios cognitivos sobre el lenguaje y filosofía, George Lakoff y Mark Johnson partieron de la propuesta de Reddy y buscaron una manera más sistemática de analizar los esquemas metafóricos que subyacen al pensamiento cotidiano. En *Metaphors We Live By* (1980), su obra fundacional, sostienen la tesis de que “nuestro sistema conceptual ordinario, en términos del cual pensamos y actuamos, es fundamentalmente de naturaleza metafórica”⁶, y que dichos conceptos metafóricos estructuran nuestras percepciones y conductas. Desde su punto de vista, lo esencial de la metáfora es que nos permite comprender un dominio de la experiencia a partir de otro dominio. Comprendemos,

² Véase ARISTÓTELES, *Poética*, 1457 b, traducción de J.D.García Bacca, México, UNAM, 1946.

³ Sostiene Aristóteles: “... es la metáfora la que nos enseña especialmente...”. Véase ARISTÓTELES, *Retórica*, 1410 b, 10-15, traducción de A. Tovar, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1971.

⁴ DU MARS AIS, C. (1818), *Des Tropes* (Citado en TODOROV, T., *Teorías del símbolo*, Caracas, Monte Avila, 1993, p. 141)

⁵ Véase REDDY, Michael, “The Conduit Metaphor”, en ORTONY, Andrew (ed.), *Metaphor and Thought*, Cambridge University Press, Eng.

⁶ Véase LAKOFF, George y JOHNSON, Mark, *Metáforas de la vida cotidiana*, Madrid, Cátedra, 1986, p. 39.

por ejemplo, conceptos abstractos o no completamente delimitados en nuestra experiencia - tales como las emociones, las ideas y el tiempo- por medio de otros conceptos que entendemos con más claridad: orientaciones espaciales, objetos, etc. Ciertos tipos de experiencia cultural (el amor, el tiempo, las ideas, la felicidad, la salud, la moralidad) son captados sólo sobre la base de conceptos no abstractos. Entendemos, en tal sentido, a las discusiones verbales en términos de una guerra: uno defiende una cierta posición y ataca la de su interlocutor; a fin de vencer, los participantes utilizan una serie de estrategias⁷. La metáfora conceptual “Una discusión es una guerra” subyace a las expresiones que se utilizan generalmente para describir a las discusiones. La discusión, escriben Lakoff y Johnson, “se piensa ..., se ejecuta y se describe en términos bélicos”⁸. En resumen, dicha teoría abre una perspectiva en la que es posible hablar de dos “niveles” de metaforicidad: un nivel subyacente y otro superficial. El primero correspondería a la metáforas conceptuales generativas, mientras que el último se corporizaría en la expresión metafórica concreta.

De modo que “pensar metafóricamente” significa, en sentido estricto, realizar movimientos conceptuales (o *mappings*) desde un determinado dominio de origen a uno de destino -desde “guerra” hacia “discusión”, considerando el ejemplo anterior. El resultado de dichas proyecciones metafóricas, las expresiones concretas, son concebidas como manifestaciones de superficie de los mapeos entre distintos dominios⁹.

Indudablemente, la tesis de que la mayor parte de nuestro sistema conceptual es de naturaleza metafórica involucra algo más que un cierto descubrimiento en la esfera de la lingüística: se trata de una afirmación que desafía la imagen tradicional según la cual la metáfora es un componente desviado, ornamental, y periférico al pensamiento humano. Ataño, en suma, a la misma filosofía del lenguaje. Contradiendo la tesis de Umberto Eco¹⁰, según la cual se han agregado pocas páginas de valor a las consideraciones aristotélicas, las investigaciones recientes han sumado un gran caudal (tanto cuantitativo como cualitativo) a la problemática de la metáfora. Concretamente, al abrir el campo teórico de la “metáfora conceptual”, al indagar el lenguaje cotidiano de los hablantes y la forma en que las metáforas determinan su visión del mundo, Lakoff y Johnson han operado un giro fundamental sobre la noción clásica de metáfora. No la consideran una astucia lingüística usada exclusivamente para embellecer, ni un giro especial, ni un uso extraño del lenguaje, sino un modo fundamental de aprender y estructurar sistemas conceptuales, una herramienta básica de cognición, a la vez que una parte central de nuestro lenguaje cotidiano.

3. Sobre los aciertos y limitaciones del experiencialismo de G. Lakoff y M. Johnson.

La formulación de la pregunta de fondo que aquí se pretende plantear es, en cierto sentido, bastante simple: ¿por qué describir algo en términos de algo completamente diferente en lugar de usar la expresión literal? A primera vista, dicho cuestionamiento parecería resumir adecuadamente algunos de los interrogantes básicos sobre la metáfora misma, en la medida en que si es posible conocer la razón por la cual las personas usan metáforas, sería posible también alumbrar algunas certezas acerca de su naturaleza, su función y su producción-interpretación. La pregunta consignada más atrás funcionará, por un lado, como detonante para hacer referencia a los aspectos más acertados que presenta la teoría contemporánea, y por otro, servirá como punto de partida para realizar un examen crítico de algunos de sus operaciones y supuestos fundamentales.

⁷ Este ejemplo basado en la metáfora conceptual “Una discusión es una guerra” es analizado en profundidad en LAKOFF y JOHNSON, *ibid.*, pp. 40-42.

⁸ Véase LAKOFF y JOHNSON, *ibid.*, p. 41.

⁹ Esta tendencia a focalizar lo conceptual (en lugar de lo lingüístico) tiene su correlato en el campo de las ciencias en una transformación del interés en el seno de la lingüística, específicamente, la llevada a cabo por las investigaciones de Edward Sapir y, posteriormente, Benjamin Lee Whorf, quienes fundaron una nueva manera de pensar el estudio científico del lenguaje. Sin este cambio de rumbo en lingüística, tal vez no se hubiera presentado esta variedad de enfoques contemporáneos sobre la metáfora que prioriza su aspecto conceptual y su relación con las experiencias sensoriales.

¹⁰ Véase ECO, Umberto, *Semiótica y filosofía del lenguaje*, Barcelona, Lumen, 1990, p. 168.

3.1. Aciertos de la perspectiva experiencialista

3.1.1. La aporía de la pragmática lingüística: ¿Por qué la gente usa metáforas?

Las posiciones teóricas de Donald Davidson, Paul H. Grice y John Searle articulan diversos procedimientos realizables a fin de decidir si un enunciado es o no metafórico. Tanto para Grice como para Searle, la metáfora permanece en el campo de la pragmática, lo que implica que un significado metafórico no es más que el significado literal de alguna otra oración a la que se puede arribar por algún principio pragmático. Dicho punto de vista concluye favoreciendo la antigua primacía del lenguaje literal por sobre lo figurativo. Coincidimos, al respecto, con la posición de Lakoff¹¹, según la cual los procedimientos postulados por Grice y Searle (basados ambos en la formulación “*busca primero lo literal, y -sólo como última instancia, en caso de haber fallado- busca lo metafórico*”) refuerzan el supuesto falso de que el lenguaje metafórico es desviado y secundario con respecto al lenguaje literal. El segundo inconveniente de esta perspectiva está relacionado con la ausencia de un enfoque comprensivo general que logre resolver la cuestión relativa a por qué la gente, efectivamente, utiliza metáforas. Para formularlo en otros términos, no puede contestar a la pregunta

(A) ¿Por qué describir algo en términos de algo completamente diferente en lugar de usar la expresión literal?

La respuestas brindadas tanto por la retórica clásica como por la racionalista coinciden en la creencia de que la metáfora es usada por los poetas, escritores u oradores a fin de lograr un cierto efecto estético o un sentimiento de adhesión en los oyentes. Desde esta posición, el retórico contemporáneo Michel Le Guern considera que la metáfora nace de la necesidad de expresar “(...) una emoción o un sentimiento, que intenta sean compartidos”¹² y piensa que sus motivaciones esenciales “vienen ... de la función emotiva, centrada en el remitente, o de la función conativa, que es la orientación hacia el destinatario”¹³.

En este punto, debemos conceder que es innegable que ciertas metáforas son emitidas a fin de lograr un determinado efecto estético o persuasivo frente al lector o auditorio. Pensemos en los siguientes casos:

Caso [1]. “Las calles son bocas de lobo, grises gargantas del piso” (Spinetta, “Cadalso temporal”, *Fuego Gris*, 1993).

Caso [2]. “¡Oh, reina de los pastores! Lleva a los obreros el agua de la vida” (Rimbaud, *Desvaríos*).

Caso [3]. “Todos nuestros opositores son unos cerdos”, emitido por un candidato político en un acto partidario.

Sin embargo, según lo señalado en el capítulo anterior, todos nosotros (aun sin ser poetas ni políticos) usamos metáforas. Gran parte de los enunciados metafóricos que utilizamos en nuestra vida diaria no involucran de ninguna manera la persecución de un efecto estético ni la persuasión de nuestro/s interlocutor/es. Analícese, por ejemplo, los siguientes enunciados:

Caso [4]. “Tengo que levantar el ánimo” (Metáfora conceptual subyacente: Arriba es mejor, abajo es peor)

Caso [5]. “Esa idea no me entra en la cabeza” (= las ideas son objetos, la mente es un recipiente)

Caso [6]. “Veo lo que me querés decir” (= comprender es ver)

En ninguno de estos casos, la metáfora puede justificarse sobre la base de una ambición estética o persuasiva. Algo similar sucede con el ejemplo planteado por el lingüista Benjamin

¹¹ Véase LAKOFF, G., “The Contemporary Theory of Metaphor”, *op. cit.*

¹² Véase LE GUERN, Michel, *La metáfora y la metonimia*, Madrid, Cátedra, 1978, p. 87.

¹³ Véase LE GUERN, M., *ibid.*, p. 87.

Lee Whorf acerca de nuestra forma de conceptualizar una *discusión verbal*: si utilizamos conceptos metafóricos para describirla no es a fin de conseguir algún efecto especial, sino sólo porque es el único medio lingüístico disponible¹⁴. Deberíamos pensar, por lo tanto, que existe alguna otra razón para utilizar estos enunciados metafóricos más allá de una simple motivación estética o emotiva.

Retornemos, entonces, al interrogante (A): “¿por qué describir algo metafóricamente cuando podemos hacerlo literalmente?”. Como se ha visto, existen muchas ocasiones en que no hay lugar para una descripción literal estricta, en el sentido de que no es posible expresarse literalmente al hablar sobre ciertos dominios de la experiencia humana. Piénsese, por ejemplo, en los siguientes casos:

Caso [7]. “Después de perder el trabajo, estuve destruido durante varios días”

Caso [8]. “Amanda fue vencida por el dolor”

Caso [9]. “No pude contener más el enojo, y entonces le grité”

Las emociones relacionadas con el dolor, en el ejemplo [8], son conceptualizadas como oponentes. Esta metáfora se realiza porque no tenemos un modo directo (o, más bien, nuestro lenguaje no posee un modo directo) de comprender ese tipo de emoción. Es casi imposible, incluso, encontrar expresiones literales para describir emociones fuertes como la mencionada. Toda paráfrasis que se presente aquí a fin de facilitar la comprensión sólo atenuará profundamente la descripción. Tal como sugería Borges respecto de las *kenningar*, a veces *parafrasear es anular*, no sólo la figura, sino la totalidad del sentido original.

A la luz de estos casos, deberíamos dudar de que la pregunta (A): “¿por qué describir algo metafóricamente cuando se puede hacerlo de manera literal?” sea realmente adecuada, en la medida en que presupone que absolutamente todo aquello que se dice figurativamente puede expresarse, también, de modo literal. Creemos que se torna imprescindible, pues, formular la pregunta de una manera tal que se mantenga independiente del supuesto anterior y que comporte, a la vez, un mayor grado de precisión:

(B) ¿Por qué nuestro sistema conceptual cuenta con estas metáforas conceptuales básicas y no con otras?

Tal interrogante buscaría saber por qué operamos con *ciertas* metáforas conceptuales subyacentes tales como “Más es arriba” o “Menos es abajo” (de la cual surgen expresiones metafóricas de superficie tales como “Los precios suben”, “Tenía la cara hasta el piso”, etc.), y no con otras. De acuerdo con lo establecido por la mayoría de los representantes de la *teoría contemporánea*¹⁵, una parte importante de nuestro lenguaje cotidiano (incluyendo aquello que llamaríamos, de manera intuitiva, lenguaje *literal*) está estructurado por metáforas conceptuales convencionales. Hemos señalado, anteriormente, el carácter intuitivamente “invisible” que ellas poseen en un principio, lo que nos conduce a pensar que los procesos metafóricos de los que se dio cuenta son, en este sentido acotado, “automáticos” o no-conscientes —es decir, sólo algunas metáforas requieren procesos especiales de atención. Pero el aspecto más novedoso y atractivo de esta perspectiva cognitiva es aquel que afirma que los esquemas de imágenes -a partir de los cuales son posibles dichas proyecciones metafóricas “automáticas” de un dominio de la experiencia a otro- están vinculados con nuestra experiencia corporal inmediata y, en tal sentido, dependen de los rasgos de nuestro equipamiento biológico en tanto que seres humanos.

Es aquello que Mark Turner¹⁶ ha denominado “experiencia necesaria” (*necessary experience*) lo que coacciona la formación de ciertos esquemas de imágenes (tales como

¹⁴ WHORF, B.L., “The Relation of Habitual Thought and Behaviour to Language”, en *Language, Thought, and Reality. Selected Writings of B.L. Whorf*, comp. J.B. Carroll, Massachusetts, MIT, 1956, p. 135. Este mismo trabajo apela, de manera inevitable, a algunas de las metáforas conceptuales en torno a la argumentación señaladas por Whorf.

¹⁵ Dado el trasfondo de coincidencias existentes entre el *experencialismo* (es decir, la propuesta de Lakoff y Johnson) y la *teoría contemporánea* de la metáfora (Reddy, Turner, Dirven, Radden, entre otros), nos referiremos a ellas de manera indistinta.

¹⁶ Véase TURNER, Mark, “Design for a Theory of Meaning”, <http://www.uoregon/metaphor>, *Internet*.

fuerza, recipiente, verticalidad), a partir de los cuales surgen las metáforas conceptuales. Estos esquemas de imágenes se desarrollan desde nuestras primeras experiencias corporales y espaciales. Partimos del supuesto según el cual es posible leer en la gramática humana los trazos de la forma de nuestra experiencia. De acuerdo con René Dirven y Günter Radden¹⁷, ambos lingüistas cognitivos, el hecho (aparentemente simple) de que nuestra interacción con el mundo se lleve a cabo con el frente de nuestros cuerpos ha producido el surgimiento del esquema *adelante-atrás*. El hecho de que algunos objetos tengan un espacio que puede ser rellenado con otros objetos o sustancias ha hecho emerger un esquema de *recipiente*, o de *interior-exterior*; el esquema de *movimiento*, por su parte, surge a partir de nuestra percepción de objetos móviles y la experiencia de nuestras actividades motrices cuando nos desplazamos; nuestra experiencia de fuerzas físicas desarrolla un esquema de *fuerzas*.

En otras palabras, nuestro uso ordinario del lenguaje está en gran parte estructurado por principios metafóricos que exhiben una direccionalidad. Las ideas abstractas (creencias religiosas, situaciones éticas y políticas, entre otras) son sistemáticamente caracterizadas en términos de situaciones más concretas y familiares. Las metáforas producidas y su correspondiente direccionalidad no son de ningún modo arbitrarias, en tanto constituyen una superación natural de la manera en que nuestras mentes están constituidas.

Resulta necesario, llegado este punto, distinguir dos grupos de metáforas entre la gran cantidad de ejemplos provistos por la teoría contemporánea. En primer lugar, podríamos ubicar a las comunes a todas las culturas en virtud de su origen biológico. La metáfora conceptual subyacente “más es arriba” (y, su relacionada, “menos es abajo”) aparece como universal en tanto es compartida por todas las culturas humanas a raíz de la orientación que todos los individuos “aprenden” o adquieren en los primeros años de vida. Dicha metáfora conceptual depende del esquema de *verticalidad*, cuyo carácter de pre-verbalidad produce que surja de manera común en todos los seres humanos. En segundo lugar, podríamos colocar a las metáforas relativas a una cierta cultura. Cuando al decir, por ejemplo, “Hoy mi cabeza no funciona” comprendemos el dominio de lo mental en términos de una máquina, o cuando hablamos de temas relativos a negocios, estudios o emociones sobre la base de la metáfora conceptual “la vida es una competencia deportiva”, estamos invocando valores estrictamente culturales que no necesariamente se presentan en todas las sociedades. Es evidente que, en una cultura en la que las máquinas y el deporte no tuvieran la relevancia que tienen en la nuestra, difícilmente surgirían metáforas conceptuales como las mencionadas. Otra vez lo metafórico estructura un campo abstracto en términos de otro dominio más familiar y cercano, más *relevante* en el sentido griceano.

Una resolución exhaustiva del interrogante (B), no obstante, se deslizaría tal vez fuera del ámbito de herramientas filosóficas, en tanto y en cuanto sería necesario apelar a investigaciones de carácter empírico -tales como experimentos, estudios etnográficos y lingüísticos, etc-. De todas maneras, un examen cuidadoso y profundo de dicha cuestión podría repercutir, en un futuro cercano, en el modo en que concebimos la relación sistema conceptual-experiencia.

3.1.2. Sobre la creatividad de la metáfora

Es dable pensar que la metáfora -en tanto que operación cognitiva fundamental- se encuentra estrechamente relacionada con nuestro modo de categorización del mundo. Las palabras que utilizamos reflejan distinciones conceptuales hechas por una cultura particular. Sin embargo, nuestro mundo conceptual no está limitado a las categorías provistas por nuestra cultura: las habilidades cognitivas nos permiten extender los significados “literales” de las categorías y usarlos en nuevos sentidos transferidos. Ésta es, precisamente, la manera en que operan los mapeos (*mappings*) entre distintos dominios de la experiencia.

Entre los procesos cognitivos, Dirven y Radden¹⁸ destacan a dos, cuya importancia para este tema es insoslayable: la categorización y la extensión de categorías. La primera consiste en la combinación de experiencias similares dentro de una misma categoría conceptual. La extensión de categorías, por su parte, se hace posible, entre otras cosas, por la forma en que

¹⁷ Véase DIRVEN, R. y RADDEN, G., “Cognitive English Grammar”, <http://www.uoregon/metaphor/cogram>, *Internet*.

¹⁸ Véase DIRVEN, R. y RADDEN, G., “Cognitive English Grammar”, *ibid.*

opera el proceso cognitivo de la metáfora. La motivación esencial de las metáforas es, desde este punto de vista, la extensión de nuestras categorías conceptuales, mediante la comprensión de un dominio de la experiencia en términos de otro distinto. En tal sentido, podemos decir que se trata de un elemento creativo, en la medida en que se presupone la posibilidad de aparición de nuevos *mappings*, de nuevas formas metafóricas de enfrentarnos con el mundo.

Ahora bien, si dicho carácter de creatividad se asigna a las proyecciones metafóricas *en general*, ¿qué ocurre con la metáfora poética propiamente dicha, es decir, la metáfora que podemos hallar en los textos de escritores, poetas y dramaturgos? ¿Posee ella un estatuto especial y distinguible de la metáfora conceptual utilizada en la vida cotidiana? Lakoff y Turner¹⁹ no lo creen así: dichas metáforas son consideradas derivaciones de metáforas de uso diario. No es necesario explicarlas apelando a un modelo especial por el simple hecho de que ellas mismas no tienen un carácter especial ni extraordinario. Turner ha argumentado, respecto a este tópico, que "... processes underlying literary refinements belong to ordinary language, and the refinements themselves derive from and depend on structures of ordinary language"²⁰.

Para decirlo de manera figurada: la "máquina" creadora de metáforas poéticas no difiere en absoluto de la "máquina" creadora de las metáforas que aparecen hasta en el más insignificante de nuestros intercambios lingüísticos cotidianos. De modo que si, por un lado, ha sido demostrado que es incorrecto considerar a la metáfora como un tropo alojado exclusivamente en el territorio poético-artístico, también resulta inadecuado el situar la metáfora de los poetas en un lugar especial y privilegiado. En tanto que miembros de una comunidad lingüística localizada, los poetas comparten con todos los demás, el sistema conceptual de su cultura, por un lado, y los procesos cognitivos básicos de la especie, por el otro. De modo que, a partir de esta idea, queda abierta la posibilidad de que la crítica literaria constituya, no sólo una práctica interpretativa del texto y su contexto, sino también un aporte al estudio científico de la mente, en cuanto -como afirma Turner- "To account for such literary texts requires accounting for the common conceptual and linguistic apparatus that makes them possible"²¹.

3.2. Limitaciones del enfoque experiencialista

Es posible señalar, de manera intuitiva, que la auto-denominada *teoría contemporánea* encuentra metáforas "en todas partes", al tiempo que atribuye su motivación a ciertas metáforas conceptuales generativas de carácter no consciente. Ante una estructura argumentativa como la desplegada por el experiencialismo, nos vemos tentados a reaccionar diciendo lo mismo que el científico al que Schopenhauer pide un comentario sobre *Fedra* de Racine: "Muy bonito, muy bonito. Pero... ¿qué prueba todo esto?"²². O bien, para expresarlo con más exactitud, ¿prueba su teoría efectivamente que la mayor parte de nuestro sistema conceptual está basado en metáforas? Puesto que ésta no es la única objeción razonable frente a dicha teoría, dividiremos la crítica a la perspectiva experiencialista en dos puntos.

3.2.1. Generalidad y alcances de la tesis experiencialista

Es necesario preguntarse por el grado de generalidad que posee este modelo, esto es, si la presencia de metáforas conceptuales en el discurso social de todos los tipos se encuentra tan extendida como Lakoff y Johnson señalan con respecto al idioma inglés. Creemos que la resolución de este interrogante compromete antes al trabajo de campo del lingüista que a la

¹⁹ Véase LAKOFF, George y TURNER, Mark, *More than Cool Reason: A Field Guide to Poetic Metaphor*, Chicago, University of Chicago Press, 1989.

²⁰ Véase TURNER, Mark, *Death is the mother of beauty: Mind, metaphor, criticism*, Chicago, University of Chicago Press, 1987, p. 5.

²¹ TURNER, M., *ibíd.*, p. 115. En esta obra, Turner se ocupa, específicamente, de señalar de qué manera ciertos poetas (William Blake, Milton, Emerson, entre otros) han pensado metafóricamente algunos asuntos abstractos como la muerte y el pecado en términos de *parentesco*.

²² SCHOPENHAUER, Arthur, *El mundo como voluntad y representación*, Madrid, Orbis, 1985.

labor conceptual del filósofo. Señalaremos, sin embargo, desde un punto de vista interno a la misma teoría, que existen ciertos “lados ciegos” de la teoría, tales como su incapacidad para dar cuenta de por qué un oyente determinado debería tomar un enunciado como metafórico. Supongamos el enunciado “He tocado fondo”. ¿Cómo podemos saber que esta oración *debe* ser comprendida metafóricamente? Desde el punto de vista de Lakoff, podría ser tomada no metafóricamente, pero -de manera tácita- presupone que es metafórica, afirmando que su interpretación más correcta se da a través de la metáfora conceptual “Abajo es peor”. En definitiva, su modelo concluye dejando a un costado la cuestión acerca de por qué deberíamos pensar de ella como si fuera metafórica.

Creemos que este inconveniente (el aislar la emisión de su contexto) está producido por el tenor mismo de la definición de metáfora estipulada por Lakoff y Johnson: toda instancia de alguien que explica o considera una experiencia en términos de otra experiencia. Tal definición, además de ser sin duda más extensa que la explicación retoricista, no se refiere a la calidad u originalidad de la metáfora, ni tampoco al éxito por parte del usuario (tal como lo hacen Grice, Davidson y Searle); esos asuntos no son relevantes para la teoría de Lakoff. El asunto en este modelo de la metáfora cognitiva es sólo si la gente lo usa, no explicar si lo hace bien -tema que sí abordan los enfoques pragmáticos de Searle y Grice.

3.2.2. Algunas dificultades en el plano de la argumentación

Tal como se ha visto anteriormente, Lakoff y Johnson niegan que la metáfora sea una propiedad de enunciados individuales. Coherentemente, gran parte de la evidencia²³ provista a fin de sostener la tesis de que nuestro sistema conceptual está estructurado principalmente de manera metafórica está basada en la *sistematicidad* que se asigna a las expresiones metafóricas, esto es, en la posibilidad de ordenarlas jerárquicamente sobre una estructura subyacente. Creemos, sin embargo, que esta pretendida “sistematicidad” podría ser, en realidad, el resultado de una cierta convención -de carácter no consciente y automático-, y no el producto superficial de ciertas estructuras subyacentes. Se puede explicar perfectamente cómo nuestra cultura conceptualiza al tiempo en términos de espacio sin la necesidad de apelar a la idea de un componente mental subyacente tal como una metáfora generativa.

La noción de *sistematicidad* esgrimida por el modelo experiencialista podría también debilitarse si comenzamos a pensar hasta qué punto los ejemplos que brinda tienen un carácter forzado. Este enfoque, como toda teoría sustentada sobre la base de casos y ejemplos (que, si bien pueden poseer una coherencia en el contexto de la teoría, no dejan de ser *casos* y *ejemplos*) está expuesta de manera inevitable a la crítica basada en contraejemplos. ¿Qué me impide pensar, pongamos por caso, que la expresión metafórica inglesa “We are moving ahead” debe ser considerada como el producto de superficie de la metáfora conceptual subyacente “Making Progress is Forward Movement”, tal como sugiere Lakoff²⁴, y no bajo “Having Fun is Forward Movement”, o alguna otra que guarde coherencia? La selectividad de los ejemplos es aquí bastante visible y poco convincente, al igual que la dificultad para justificar la inserción de una expresión bajo una determinada metáfora subyacente.

Debe aclararse que no dudamos ni de la realidad de las expresiones metafóricas en el lenguaje cotidiano, ni de que nuestro equipamiento biológico y su interacción con el mundo que nos rodea nos predispone hacia la formación de ciertos esquemas o formas organizadoras de la experiencia (esta última idea es, en lo esencial, bastante aceptada en filosofía ya desde la época de Kant). Lo que aquí se pone en cuestión es, en realidad, la existencia efectiva de

²³ El tema relativo a la evidencia empírica de una teoría científica genera, frecuentemente, una enorme cantidad de discusiones. En este caso en particular, es posible afirmar que Lakoff y Johnson no ofrecen, en sentido estricto, una *prueba* definitiva a favor de la tesis “*La metáfora es primariamente un fenómeno cognitivo y sólo derivadamente un fenómeno lingüístico*”, sino que sólo proveen una fuerte sugerencia. Siguiendo esta dirección, se podría argumentar, como lo ha hecho Charles Forceville, que el mismo hecho de que una metáfora conceptual abstracta (por ejemplo, “La vida es un viaje”) tenga tantas manifestaciones verbales diferentes es un fuerte argumento a favor de (a) no equiparar pensamiento y lenguaje; y (b) ver al pensamiento como el más abstracto de los dos. Un argumento como el de Forceville, no obstante, da por segura la existencia de tal metáfora generativa.

²⁴ Este ejemplo es señalado por LAKOFF, G., “The Contemporary Theory of Metaphor”, *op. cit.*

metáforas generativas subyacentes tales como “El amor es un viaje”, o “Las ideas son objetos”. En tal sentido, pensamos que es perfectamente posible explicar la comprensión de un campo de la experiencia a partir de otro sin recurrir a tales instancias “subterráneas”, o estructuras profundas -en el sentido chomskyano que los autores en cuestión acuerdan en otorgarle. Resulta más adecuado, en todo caso, considerar que la metáfora conceptual “Las ideas son objetos” es el resultado del trabajo del intérprete (del científico del lenguaje, en este caso) luego de analizar, detalladamente, las regularidades de la manera en que las personas se refieren a las ideas en términos de objetos. En este sentido, la metáfora conceptual subyacente evocada es un constructo conceptual teórico. Pero, sin duda, existe una gran distancia entre afirmar la anterior concepción y decir que dicha metáfora se encuentra *dentro* de la mente humana²⁵.

No cabe duda de que uno de los principales logros de Lakoff es el haber promovido considerar como metafóricas a ciertas expresiones cotidianas antes percibidas como estrictamente literales. Sin embargo, tal como se ha argumentado, este “descubrimiento” avanza un poco más allá de lo razonable al afirmar que el conjunto de dichas expresiones metafóricas de lenguaje común puede ser reducido a un número relativamente pequeño de metáforas generativas subyacentes. Ésta es la manera en que la poderosa impronta chomskyana opera bajo esta línea de estudios cognitivos sobre el lenguaje, determinando un tipo de explicación articulado a partir de dos instancias, una subyacente y otra superficial, un modelo en el que la última sólo logra justificarse a partir de la existencia de la primera.

4. El grado cero de la descripción: Implicaciones de la dicotomía *literal-metafórico*

Se sabe que, en general, toda dicotomía conceptual oculta ciertos rasgos, mantiene invisibles ciertas valoraciones. En filosofía, estos aspectos silenciosos del pensar han recibido el nombre genérico de “supuestos”. Cuando dichos supuestos no son abordados y analizados de una manera crítica, ellos pueden ser llamados razonablemente “prejuicios”.

La problemática central de esta parte del trabajo, la distinción entre una forma de lenguaje literal y otra no-literal, no es una excepción. Siguiendo esta dirección, podríamos preguntarnos qué es, en realidad, aquello que se ha supuesto en el momento de pensar a ciertas secciones del lenguaje como metafóricas. En adelante se indagará precisamente las implicaciones de la existencia de enunciados o expresiones metafóricas en relación a una cierta concepción de la relación lenguaje-mundo.

²⁵ También sería plausible argüir, desde la logicidad propia del campo de la filosofía de la mente, que el enfoque de Lakoff en torno al desarrollo de un modelo general de cognición sobre la base de la semántica cognitiva tiene cierta fragilidad inherente, en la medida en que presupone que las categorías semánticas representan exactamente dominios cognitivos diferenciables. Cuando decimos, por ejemplo, “Todavía estoy muy lejos de mi objetivo” y explicamos dicho enunciado afirmando que se trata de un mapeo del dominio de los propósitos o intenciones de vida en términos del dominio del espacio físico, ¿es adecuado, en este caso, considerar que las “intenciones de vida” constituyen efectivamente un dominio de la experiencia? Algunos partidarios del ala dura de la ciencia cognitiva argumentarían al respecto que la evidencia de la existencia de tales dominios cognitivos debería ser buscada y demostrada *independientemente* del lenguaje.

4.1. El prejuicio de literalidad

4.1.1. Una reflexión en torno a la aplicabilidad del adjetivo “metafórico”

y la naturaleza ‘no-natural’ de la distinción literal-figurativo

Si bien la perspectiva experiencialista señala claramente la importancia cognitiva de la metáfora, no logra deshacerse de algunos inconvenientes relativos a la aplicabilidad del adjetivo “metafórico”. Pensemos en el caso de la descripción de la discusión verbal presentada por Benjamin Lee Whorf. Desde su punto de vista, no es posible hablar acerca de una discusión sin recurrir, irremediabilmente, a ciertas metáforas o interpretaciones de lo abstracto en términos de lo físico: *Sigo el “hilo” de los argumentos de alguien, pero si su “nivel” está por “encima” de mí, es posible que mi atención se “vaya” y “pierda contacto” con el “rumbo” que está dando a su argumentación*²⁶. Éstas son algunas de las formas de referirse a las distintas acciones que componen una discusión. Primera cuestión: ¿pueden ser estas acciones, creencias y deseos descritos de otro modo, esto es, pueden describirse *literalmente*? En la medida en que es siempre necesario apelar a instancias físicas u otras, la respuesta es no. Segunda cuestión: si se admite que sólo existe aquel tipo de descripción basado en elementos no-literales, ¿hasta qué punto es adecuado sostener que se trata de “lenguaje figurativo”? ¿Tenemos derecho, pese a todo, a sostener que estamos usando efectivamente una “metáfora” cuando nuestras descripciones acerca de un tópico son principalmente no-literales? En otras palabras, ¿qué ocurre cuando no hay ninguna expresión literal disponible con respecto a la cual otra expresión podría reconocerse como “metáfora”?

En este contexto, podríamos decir, la metáfora (en tanto que Μεταφορά: traslación) es pensada como un desplazamiento con respecto al eje inmóvil de lo literal, como un traslado frecuentemente sorpresivo que nos permite referirnos a una cosa por intermedio de otra distinta. Admitamos, sólo provisoriamente, que se trata de un lenguaje desplazado, un lenguaje de segundo orden con respecto al literal. Pero en ocasiones tales como la mencionada, en las que es realmente difícil -si no imposible- imaginar una descripción literal, debería dudarse acerca de la adecuación de la aplicabilidad del adjetivo “metafórico”. Esto es, ¿con respecto a qué lenguaje primario-literal es dable sostener que la expresión “Perdí el rumbo de su argumentación” es ‘metafórica’? En este ejemplo no es posible encontrar un lenguaje, por así decirlo, “originario” que funcione como punto de referencia para determinar qué es metafórico y qué no lo es. Lo mismo sucede en otros dominios de la experiencia tales como las emociones y la moralidad, o los precios, salarios, y -en general- todo lo referente a procesos económicos.

Se podría argumentar, en defensa de Lakoff y Johnson, que su utilización del adjetivo “metafórico” en casos como aquellos es meramente operacional; podría decirse, con el mismo propósito, que apelan a él sólo a fin de marcar una diferencia con respecto a las formas literales de expresión. No obstante, este uso operacional justificable no aparece consignado de manera explícita en sus textos, por lo que no queda claro si efectivamente se trata o no de un desliz conceptual.

De acuerdo con este análisis, deberíamos conservar el adjetivo “metafórico” sólo para aquellos enunciados en los que, en efecto, se produce una traslación desde un juego de lenguaje a otro. Pensemos, por ejemplo, en la descripción del evento “llueve”, en el que es posible, al menos intuitivamente, encontrar tanto expresiones literales como no-literales. Para referirnos a tal hecho disponemos tanto de una descripción literal básica

a. “Llueve”

como de descripciones que apelan a otros juegos lingüísticos, como el siguiente caso:

b. “Fantásticos los espíritus oscuros /

estremecen el corazón del torrente /

¡ Tinieblas /

²⁶ Véase WHORF, B.L., “The Relation of Habitual Thought and Behaviour to Language”, en *Language, Thought, and Reality. Selected Writings of B.L. Whorf*, comp. J.B. Carroll, Massachusetts, MIT, 1956, p. 135.

que sobre los barrancos se derraman ! ”
(Georg Trakl, “La tormenta”).

Sin embargo, el problema surgiría si alguien sostuviera que el enunciado

c. “H₂O modificado cae hacia el suelo terrestre”

es, en realidad, *más literal* que (a). Se podría objetar que (c) está haciendo uso, en realidad, de un lenguaje técnico, pero dicho argumento no va contra la idea de que, al menos para los miembros de esa comunidad lingüística en la que se practica dicho lenguaje técnico, (c) sea la expresión corriente, en lugar de (a) o (b). El enunciado (c) es más preciso que los otros dos y detalla de una manera más minuciosa el evento. No es, sin embargo, el mejor ejemplo de lo que llamaríamos, en el discurso cotidiano, un “enunciado literal”. Parece ser que aquello que consideramos “enunciado literal” no responde estrictamente a un patrón de precisión desmesurada (un estándar del estilo “cuanto más precisión y minuciosidad, más literal”), ni a una forma originaria, sino más bien a otra cosa.

A fin de indagar sobre los borrosos límites entre lo literal y lo no-literal, pensemos en las implicaciones de la siguiente situación.

Un extraterrestre llega, azarosamente, a nuestro planeta. Como buen extranjero, nada sabe de la civilización humana, excepto que sus miembros se comunican entre sí, y que lo hacen, entre otras cosas, a través de la emisión regulada de una serie de sonidos. Imaginemos entonces que, con cierta fortuna, desciende en el centro mismo de una sociedad de poetas, un territorio amurallado y aislado del resto de la población. Allí no sólo se cultiva el arte de la poesía, sino que también se ha inventado un lenguaje propio basado en metáforas de autores clásicos mediante el cual los residentes se comunican cotidianamente. En pocas semanas, el alienígena aprende a utilizar de manera aceptable algunas categorías, descripción de estados y acciones básicos, pero lo hace -obviamente- de acuerdo al enorme, coherente y sistemático grupo de metáforas mediante el que los miembros de la comunidad en la que vive se comunican entre sí.

Pasado cierto tiempo, y empujado por una curiosidad casi humana, nuestro alien decide escapar de la sociedad poética y explorar qué hay fuera de ella. Es allí donde aparece su desconcierto: los individuos de los alrededores se comunican en base a un lenguaje desconocido. Como resultado, si bien logra entender -luego de mucho esfuerzo inferencial- algunas emisiones, hay otras para las cuales no tiene respuesta. A través de la simple experiencia ostensiva, comienza a darse cuenta de que lo que él conocía anteriormente como “hijo del bosque”, este nuevo grupo de humanos lo denomina, extrañamente, “árbol”. A aquella sensación física que sus primeros amigos llamaban “vacío corporal”, éstos la denominan “hambre”. Luego de convivir con sus nuevos vecinos durante un breve período, el alienígena comienza a adquirir destrezas en el arte de interpretar estas descripciones “inusuales” -descripciones que, no obstante, sigue pensando como de segundo orden. De manera previsible, lo inverso también ocurre: los humanos asimilan las expresiones “extrañas” del alienígena y aprenden a utilizarlas en los contextos acertados, pero las siguen concibiendo como descripciones no literales.

A decir verdad, el *alien* no conoce lo que las palabras “hijo” y “bosque” significan; de hecho, ni siquiera se lo pregunta²⁷. Es capaz, sin embargo, de comprender y/o señalar el referente físico de la frase “hijo del bosque”, cada vez que es pronunciada por algún humano. A

²⁷ En este sentido, esta situación imaginaria se opondría a la idea de Wittgenstein según la cual un hablante puede emplear una palabra metafóricamente si y sólo si previamente conoce el significado ordinario o primario del término. Véase WITTGENSTEIN, Ludwig, *Investigaciones Filosóficas*, Barcelona, Crítica, 1988, p. 495.

diferencia del alinígena, los miembros de la sociedad de poetas -quienes vivieron, anteriormente, fuera de su actual morada- sí conocen los significados de las palabras que conforman las metáforas. Saben, por ejemplo, qué significan “hijo” y “bosque”, aunque, para ellos, ese conocimiento no es más que un vago recuerdo (una metáfora olvidada, en el sentido nietzscheano). Dicha comunidad podría ser considerada como una sociedad de poetas “muertos”, en el sentido en que no responden al rasgo definitorio otorgado comúnmente al poeta: la creatividad, la capacidad para producir nuevos recursos, nuevo lenguaje. Es posible que, en el marco de ese lenguaje metafórico cotidiano que ponen en juego, alguno de ellos se rebele y comience a crear nuevos recursos: podría recordar, por ejemplo, algunas denominaciones del pasado y entonces decir “árbol”, en lugar de “hijo del bosque”, operando un quiebre en el universo de discurso literal de su sociedad.

Este pequeño relato podría ser utilizado para ilustrar la naturaleza convencional y, en tal medida, contingente de los rótulos “literal” y “figurativo”. Se podría objetar, quizá, que el ejemplo no es válido en la medida en que no es aceptable concebir un tipo de sociedad (o comunidad lingüística) que tuviera medios conceptuales tan pobres, es decir, que no hubiera desarrollado un lenguaje secundario. Si fuera posible superar esta objeción, se podría pensar que la literalidad es, en lo esencial, un asunto de convención, un pacto complejo y no-consciente por el cual se adjudica a ciertos enunciados la propiedad de “rectos” o literales -al tiempo que se colocan a otros bajo la denominación de “figurativos”, desviados o impropios.

4.1.2. Sobre la idea de un lenguaje literal puro

Es claro que esta crítica a la aplicabilidad del adjetivo “metafórico” involucra, a la vez, a la misma posibilidad de un lenguaje objetivo-literal para describir hechos, un lenguaje depurado de todo elemento metafórico que respetara aquella relación con la naturaleza (nacida en la modernidad) que Richard Rorty²⁸ dio en llamar “especular” -el tipo de lenguaje en el que pensó Wittgenstein al escribir su *Tractatus*-. Se trataría, evidentemente, de un lenguaje “ingenuo”, como escribe Jacques Dubois, un discurso “desnudo de todo sobreentendido, para el cual «un gato es un gato»»²⁹.

Aquí cabe preguntarse: ¿es realmente posible una forma de expresión con tales características? Es decir, ¿podemos hallar esta suerte de lenguaje minimalista que nos permite describir todas las situaciones del mundo sin la necesidad de apelar a instancias metafóricas o desplazadas? De acuerdo con la notable cantidad de metáforas (tanto lexicalizadas como conceptuales) que juegan un papel insoslayable en nuestra comunicación verbal cotidiana, resulta difícil sostener la posibilidad de un lenguaje descriptivo neutro y exclusivamente literal que fuera capaz de expresar la realidad de una manera precisa, unívoca, en una relación de uno-a-uno.

A esta altura, resulta interesante analizar algunos aspectos de esta problemática a la luz de los escritos de Wittgenstein. Como se sabe, la elaboración de un sistema como el referido fue el principal anhelo de su primera etapa, que resume de manera paradigmática la creencia en esta capacidad del lenguaje para figurar (*bilden*) el mundo³⁰. No es casual, en este sentido, que en el monumental cuadro teórico montado por su *Tractatus* no haya siquiera un solo lugar reservado para el análisis de las expresiones no-literales, en la medida en que se trata de un lenguaje cuya relación representativa o “pictórica” con el mundo no puede establecerse de una manera directa (no puede resolverse apelando, por ejemplo, a la idea de isomorfía entre lo lingüístico y lo ontológico).

Tampoco resulta arbitrario, por otra parte, que una vez reconocido el reduccionismo de las tesis del *Tractatus* relacionadas con los rasgos esenciales de la capacidad del lenguaje, Wittgenstein haya sugerido la importancia de este tipo de descripciones “indirectas” o no-literales de estados de cosas. En sus *Investigaciones Filosóficas* reflexiona acerca de expresiones que escapan de la mera literalidad, tales como “No sabía qué ocurría dentro de su cabeza”. Con respecto a enunciados como éste, escribe:

²⁸ Véase RORTY, Richard, *La filosofía y el espejo de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1983.

²⁹ Véase GRUPO μ, *Retórica General*, Barcelona, Paidós, 1987, p. 77. Desde este punto de vista, el discurso de “grado cero” es concebido como la meta característica del lenguaje científico.

³⁰ “Wir machen uns Bilder der Tatsachen” [“Nosotros nos hacemos figuras de los hechos”]. Véase WITTGENSTEIN, Ludwig, *Tractatus Logico-Philosophicus*, Madrid, Alianza, 1973, par. 2.1.

*En cierto modo, en el empleo real de las expresiones damos rodeos, pasamos por callejones laterales; mientras que vemos ante nosotros la avenida recta, pero sin que la podamos utilizar, porque está permanentemente cerrada.*³¹

A partir de esta analogía del lenguaje con la ciudad, Wittgenstein imagina a los empleos metafóricos como “callejones laterales”, al tiempo que señala para algunos casos la imposibilidad (la “clausura permanente”, si se quiere) de una forma de expresión directa, es decir, literal.

En otra sección de sus *Investigaciones*, también se interroga por las implicaciones de algunas de nuestras descripciones no literales, por ejemplo, aquellas que surgen cuando decimos que nuestros deseos o expectativas están descontentos o insatisfechos (*unbefriedigt*). Al respecto escribe:

*En un determinado sistema de expresión podemos describir un objeto mediante las palabras ‘satisfecho’ e ‘insatisfecho’. Si convenimos, por ejemplo, en llamar a un cilindro hueco ‘cilindro insatisfecho’ y al cilindro macizo que lo completa ‘su satisfacción’*³².

Este enfoque permite la posibilidad de comprender a lo metafórico como una instancia que se presenta en el marco de un determinado sistema de signos, dentro del cual resulta posible referirse a algunos conceptos (en este caso, deseos o expectativas) como si se trataran de otros, es decir, como si fueran objetos susceptibles de ser “satisfechos” o “colmados”.

Si bien es cierto que el segundo Wittgenstein no llega a brindar, en sentido estricto, una “teoría” del lenguaje metafórico³³, el mismo hecho de incluirlo como tema de su investigación sugiere al menos dos cosas de importancia: en primer lugar, el reconocimiento de que muchas de nuestras formas lingüísticas de comunicación cotidiana están formuladas de una manera no literal; en segundo lugar, que dichas maneras de expresión pueden ser tomadas como objeto de indagación filosófica. De modo que si el *Tractatus* se edifica sobre el “prejuicio de literalidad” señalado más atrás, las *Investigaciones* constituyen una indudable ruptura con respecto a dicho supuesto, un quiebre relacionado a su vez con el abandono de la tesis según la cual el lenguaje está caracterizado por una relación de simple designación o representación transparente con el mundo -posición que Wittgenstein ejemplifica críticamente con la concepción de Agustín³⁴.

Retornemos, ahora, a la cuestión central de este apartado: ¿qué validez tiene la idea de un lenguaje literal puro? Se ha notado que el uso del adjetivo “metafórico” por parte de los principales representantes de la teoría contemporánea en casos como el de la discusión verbal nos hace pensar que dichos autores suponen la existencia de expresiones *originalmente* literales para describir dichos estados, eventos, creencias y deseos; expresiones de primer orden depuradas de una comprensión en términos de otra cosa. Es realmente problemático sostener que, para el caso de la contienda verbal, existen o existieron descripciones con esas características. Habría que preguntarse, en este punto, si la utilización experiencialista del adjetivo “metafórico” es acertada, en la medida en que parece presuponer la existencia (previa en el tiempo) de un lenguaje capaz de referirse a tales acciones de manera literal, como una especie de lengua depurada, cristalina, especular, un léxico capaz de describir dichos estados sin apelar a movimientos conceptuales de ninguna clase.

Si tal lenguaje literal-puro existió o no en algún momento de la historia de esa actividad humana pluriforme que comprendemos bajo el sintético nombre de *lenguaje* es -al menos para nosotros- un misterio, una oscura incógnita, un espacio reflexivo donde sólo caben hipótesis de extrema debilidad y vaguedad. A nivel gnoseológico, no obstante, una hipótesis tal implicaría asumir una posición basada en la idea de que todos los hechos pueden ser descriptos en base a un solo lenguaje, que se revelaría a la vez como cerrado, estático y definitivo.

Las implicaciones de este “prejuicio de literalidad” son, por lo menos, discutibles. De modo que no parece adecuado pensar que existe o existió un tipo de actividad descriptiva básica para todos los dominios de la experiencia, capacidad que (al menos en algunos

³¹ Véase WITTGENSTEIN, L., *Investigaciones Filosóficas*, parag. 426.

³² Véase WITTGENSTEIN, L., *ibíd.*, parag. 439.

³³ De hecho, una de las características distintivas del segundo Wittgenstein consiste en el rechazo de brindar explicaciones totalizadoras que pudieran ser consideradas “teorías”.

³⁴ Véase WITTGENSTEIN, *Investigaciones Filosóficas*, parag. 1-3.

dominios) fue transformada por la irrupción de la metáfora, por el ingreso de una manera de expresión “desviada” y no literal. Quizá la metáfora, o lo que comprendemos como lenguaje de segundo orden, no fue en principio nada *desplazado*, tal vez ni siquiera fue algo que las personas hayan manipulado como si se tratara de una forma “extraña” de expresión fácilmente reconocible.

Como se ha visto más atrás, no existirían razones intrínsecas para sostener que un tipo de discurso es literal *porque* describe, o refleja, de manera exacta el mundo. Los enunciados descriptivos más minuciosos y detallados, tal como se ha visto en el ejemplo de la lluvia, no parecen ser buenos candidatos de lo que llamaríamos paradigmáticamente una expresión “literal”. Lo que esta argumentación trata de “poner entre paréntesis”, en consecuencia, es la plausibilidad de la misma idea de que existe un lenguaje originario literal disponible para describir la totalidad de los estados de cosas en el mundo. Pensar en la existencia de un lenguaje literal puro equivaldría a cometer un error de generalización similar al que realiza Agustín³⁵ en *Confesiones* al concebir a la palabra como una especie de rótulo o etiqueta. En tal sentido, pareciera que la idea de un lenguaje totalmente literal para referirse al mundo fuera, en realidad, solamente una importante y persuasiva invención teórica que obstruye ahora la investigación sobre el fenómeno de lo metafórico que aquí se analiza.

³⁵ Véase AGUSTIN, *Confesiones*, Buenos Aires, Aguilar, 1956, § 1.8.